

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

---

AÑO XII

BARCELONA 8 DE AGOSTO DE 1901

NÚM. 559

---

NÚMERO DE BAÑOS



—¡Al agua, patos!



## CHARLA

**E**STAMOS en el lleno *plenisimo* de los baños, en una época de las más risueñas y apacibles del año.

Advierto que me refiero á la vida de las grandes poblaciones con puerto de mar ó á los pueblos con playa.

En las ciudades del interior, ocurre todo lo contrario; pues desapareciendo la gente que *puede*, quedan tristes y solitarias las calles y los paseos; y los que por fuerza se quedan, sufren el alejamiento de los demás *sazonado* con las angustias del calor y las so-

toquinas del sol.

Pero dejemos á éstos en sus caldeadas casas, y vamos con los pudientes á respirar el aire fresco de la playa.

\* \*

¿Les gusta á ustedes más la vida sosegada de la aldea, con sus casitas blancas, semejando bandada de palomas que descansan en la playa?

¡Oh! ¡Esto es delicioso!

Al romper el día se coge una caña, y con ella al hombro se busca un sitio á propósito para pescar.

Allí, sentados sobre la pelada roca, á cuyos pies se estrellan las olas, se

*Ch. me*

*FF*

experimentan placeres completamente nuevos.

Allí se contempla la inmensidad; allí se admira la grandeza de la Naturaleza; allí se ven las barquillas pescadoras surcando las aguas con gallardía, y allí fué donde le dijeron á don Nicanor Aspavientos que su esposa se le había fugado con un primo.

El pobre señor había buscado un sitio lejos de las grandes poblaciones para pasar tranquilamente el verano con su esposa

Era celosillo y no quería que otros ojos que no fueran los suyos la viesan en el baño.

¡Pobre Nicanor!

Su afición á la pesca contribuyó á su desdicha.

Dejó sola muchas horas y muchos días á su joven esposa, y, ¡claro!, ésta comenzó á aburrirse, primero de la playa con sus *casitas blancas*, y luego de su esposo con sus *cositas* ridículas.

—¡Yo no puedo con esta vida, hijito!— parece que la esposa le dijo un día.

—¿Te aburres, pichona?

—Sí: muchísimo.

—Vente á pescar conmigo.

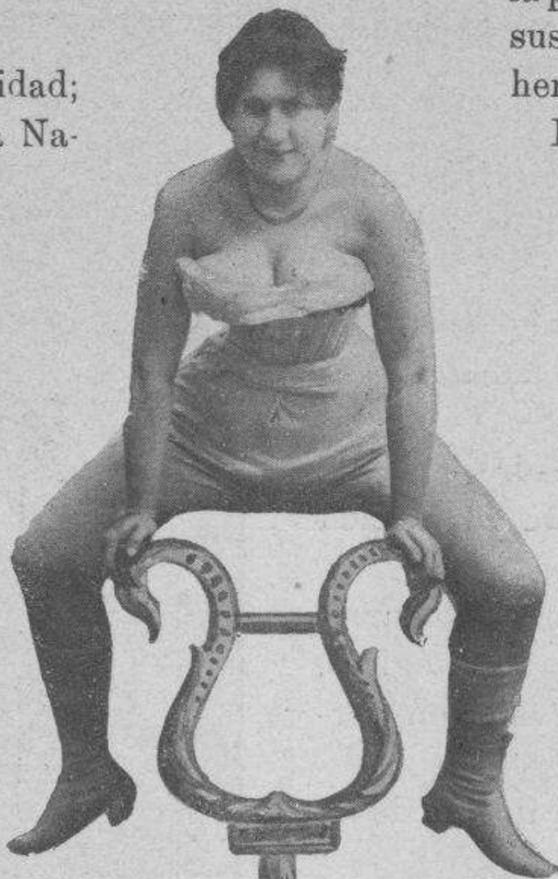
—¡Anda y que te zurzan!

—Pues, mira: entonces lo mejor será que le escribamos á mi primo Carlos; él vendrá y puede que nos distraigamos más.

Creo inútil decir que la esposa de Nicanor se agarró á Carlos como el náufrago á una tabla y aplaudió la idea.

Pues bien: á los pocos días ya estaba con ellos el primo de Nicanor, y á la semana justa ya habían desaparecido primo y señora.

El desdichado Nicanor ha aborrecido



Un equilibrio en el mar es muy fácil de guardar.

la pesca y la playa de pescadores, con sus casitas blancas como bandada de hermosísimas palomas.

Es natural. Allí no encontró Gobernador ni agentes de orden público que fueran en pos de los fugitivos.

\*\*\*

En los puertos de mar se disfruta de otros placeres muy distintos.

No hablemos de San Sebastián ni de otros puertos que á fuerza de aristocráticos se han vuelto cursis.

Quedémonos en Barcelona.

Tomemos el tranvía de las barras rojas, y vamos á la Barceloneta.

A las once de la mañana, acuden con puntualidad las de *Puigerveto*.

Una mamá gorda con tres niñas, gordas también, y guapas, eso sí.

Al entrar en el establecimiento, todas las miradas se fijan en las bañistas. Los trajes de colores chillones contribuyen de un modo poderoso á que llamen la atención.

—¡Bañero, bañero!—grita la madre.—¿Está dispuesto el número siete?

—Sí, señora,—contesta el aludido.

—Pues ¡al agua!

—Diga usted, bañero,—sigue una de las niñas.—¿Hay *podoscates* disponibles?

—Sí, señora.

—¿Y calabazas para mamá?

—Sí, señora.

—Pues lleve usted la ropa al número siete.

Y las bañistas cruzan la sala de descanso con ridícula altivez, desafiando con la vista desde el más alto hasta el más bajo.

El sexo masculino prepara los gemelos para presenciar el espectáculo, cuyo programa les han anunciado.

## La Saeta

En efecto: al poco rato se presentan en la playa las tres niñas gordas, con bañadores blancos.

Parecen bolas de billar.

Las tres se dirigen á un *padoseal* ó canoa estrecha, empujándola hasta que flota sobre el azulado líquido.

Y allá van las niñas sobre el *frágil leño*, dando paletadas al agua y dejándose admirar por los de los gemelos.

—¡Al agua, niñas!—grita la madre desde la playa, luciendo amplia túnica rosa, guarnecida de calabazas por la cintura.

Pero las niñas no le hacen caso y siguen recorriendo los diferentes *puntos* estratégicos, donde los chicos y grandes observan con verdadero apetito de *carne*.

En los baños se despierta el *apetito* de un modo bárbaro.

Y mientras la señora mayor se entretiene en la playa haciendo la *pompa* con su inmenso ropón, las chicas continúan haciendo de las suyas sobre la ligera embarcación, que apenas si puede resistir la gente que la tripula.

Y cuando el bañero anuncia la hora, corren



—Si no viene Ernesto, no me baño.



—¡Si viene mi marido y me encuentra en el agua con él, ya estoy fresca!

á la playa, y dando saltitos como pelotas de goma, se dirigen á la caseta, haciendo saludos á sus admiradores.

Una vez dentro, se quitan el calzadillo, enjugan los pies y se visten muy tranquilas.

¿Se han bañado?

No, señores.

Los abundantes cabellos están mojados por copioso sudor; sus cuerpos están secos, pues apenas algunas gotas del salado mar los ha salpicado levemente.

—¡Oh! ¡Los baños son el gran remedio para el calor!—dirá después esta especial familia.

Pero si no se han bañado, por lo menos han hecho pesca.

Díganlo, si no, tres besugos en forma de niños góticos, que las siguen, después de haber practicado el arriesgado *sport*.

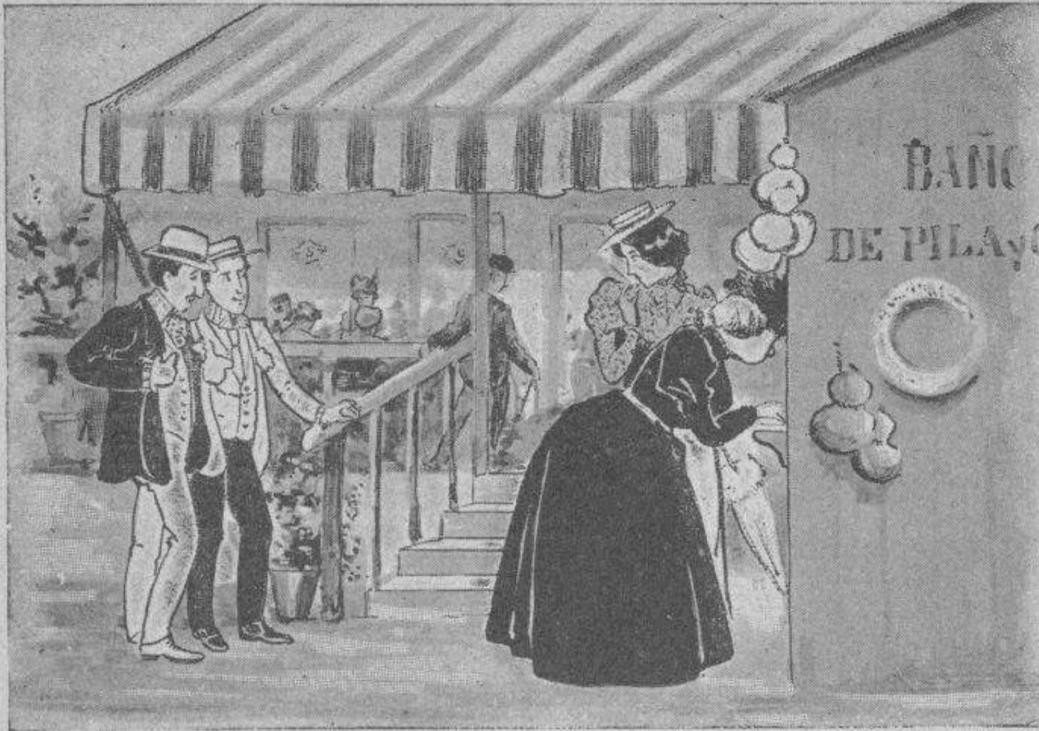
¡Claro! Ya lo dije yo antes:

El aire del mar y las *vistas espontáneas* despiertan el *carnal* apetito.

Y para *carnes*, las niñas de *Puigerveto*.

JOAQUÍN ARQUES.

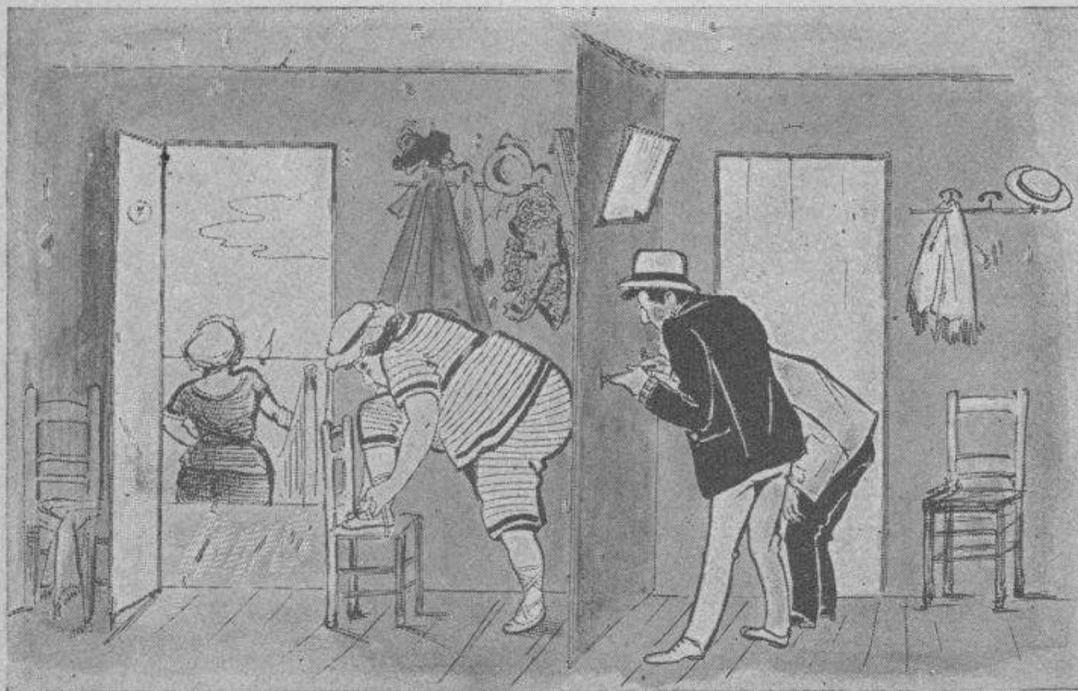
# EL QUE MAS MIRA...



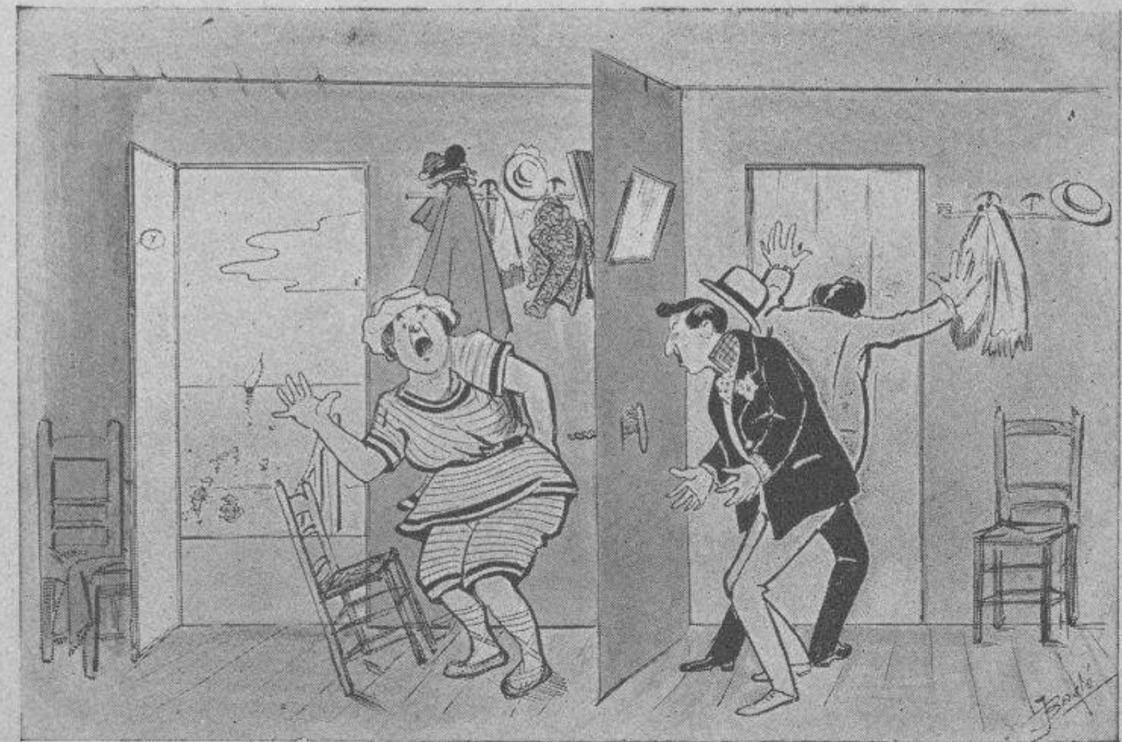
—Han tomado el número cinco.  
—¿Si? Pues nosotros el cuatro.



—Ya parece que se están desnudando.  
—Pues deja, que allá voy yo con la barrena.



—¡Qué dura está esta maderal!  
—¡Anda, hombre; dale con fuerza!



—¡¡¡Ay!!!...

# BROMA PESADA

ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS SEÑORA OCAÑA Y SEÑOR FERNÁNDEZ (TEATRO NUEVO RETIRO)



—Señores, voy á bañarme.  
Da principio la función.

## DE MI TIERRA

Con típica camiseta;  
de anchas alas el sombrero,  
negra faja á la cintura  
que da tres vueltas al cuerpo,  
asomándole por cima  
la sportilla del dinero  
y el puño de su cuchillo,  
aparece el cenachero  
al extremo de la calle  
dando su pregón al viento:  
¡Japutas y salmonetes,  
y boqueroncitos nuevos!

Una señora se asoma  
al balcón de un entresuelo  
y con voz chillona y clara  
se dirige al cenachero  
y le dice:

—¿Son jureles?

—No, señora; pero llevo  
japutas y salmonetes  
y boqueroncitos nuevos.

—Los boquerones ¿á cómo?

—Se los pondré á dos y medio.

—¡Jesús, qué caros!

—Señora,

el *sueste* tiene eso.

—¡Demonio con el *sueste*!

¿Quién es ese caballero?

—Uno que *tié* mucha guasa.

En fin, ¿quiere que acabemos?

—Como usted quiera, buen mozo.

Dígame el último precio.

—Vaya, los pondré á dos reales.

—¿No rebaja más que el medio?

—¿Usted cree que éstos se pescan  
con caña en el muelle viejo?

—¿Los da usted á catorce cuartos?

—¡Métaselos en el seno  
y lávese usted la cara!

¡La *tia matá*, por lo menos  
*sa creto* que se cogen

á *puñaos* en el relleno!

—¿Me los da usted ó no?

—¿*Toavía*

va usted á preguntar... *so cuero*?

—¡Vaya si es cochino el *tío*!

—¡Sinvergüenza!

—¡Senachero!

Y levantando con calma  
los dos cenachos del suelo,  
sigue por la calle arriba  
tan tranquilo y satisfecho,  
gritando de vez en cuando  
con tono vibrante y seco:

—¡Juputas y salmonetes  
y boqueroncitos nuevos!

F. BRAVO SALINAS.

## BROMA PESADA

ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS SEÑORA OCAÑA Y SEÑOR FERNÁNDEZ (TEATRO NUEVO RETIRO)

### BREVEDADES

Breve es tu talle,  
breves tus pies,  
tus lindas manos  
breves también.  
Breve es tu boca,  
nido de miel;  
tus dientecitos  
breves también.  
Breve, muy breve  
nuestro amor fué...  
y tu vergüenza  
breve también.

—  
Si el beso es una limosna  
que va pidiendo el amor,  
¡qué caritativa has sido  
en este mundo de Dios!

—  
El perrito que te di  
lo acaricias demasiado.  
¡Si vieras cuánto me pesa  
habértelo regalado!...

—  
—Acepto sus relaciones,  
con la sola condición  
de que nadie ha de enterarse  
de nuestra conversación.  
—Está bien: iré a su casa  
y hablaremos muy bajito.  
—¿Dentro de casa? ¡Imposible!  
¡Eso no! No lo permito.  
—Entonces... no veo la forma  
de cumplir tal compromiso.  
¿Tiene vuestra casa rejas?  
—¡Si vivo en un cuarto piso!

—  
No te vistas enfrente  
de mi ventana;  
mira que yo te he visto  
esta mañana.  
Y te lo advierto  
porque... como me encicie,  
soy hombre muerto.

—  
Cuando me miras atenta  
con esos ojos tan pillos,  
no sé si miras mi cara  
ó examinas mis bolsillos.

—  
¿Que cuándo a casarnos vamos  
me dices con impaciencia?  
Pues pregúntale a tu madre  
que cuándo morir se piensa.

—  
¿No sabes en lo que pienso  
cuando miro tu azotea?  
En que Dios libre a tu madre  
de alguna terrible idea.

JUAN CASTAÑEDA.



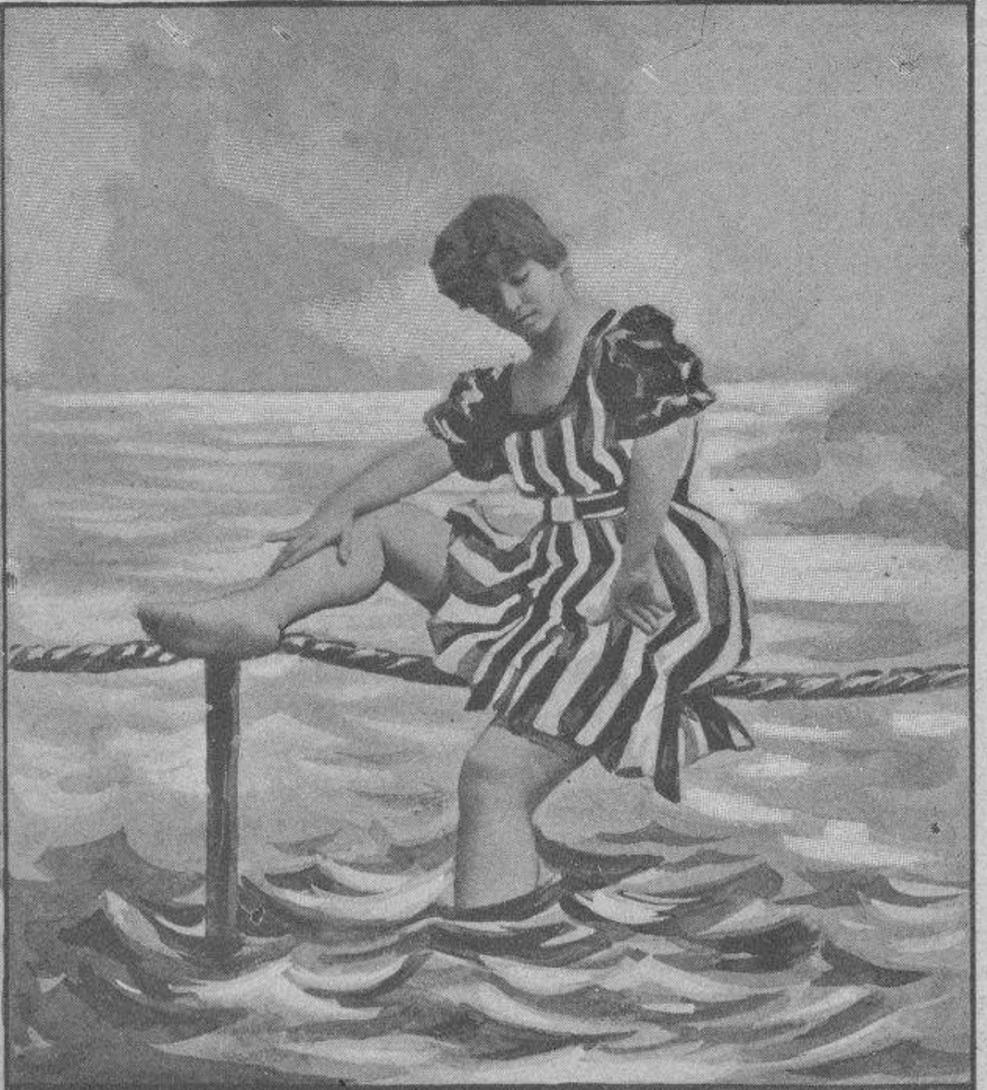
—¿Sí? Pues aguárdate un poco,  
¡Tilín!... ¡Arriba el telón!

PÁGINA ARTÍSTICA



En la playa

# PLACERES DEL BAÑO



## AMOR PASADO... POR AGUA

ILUSTRADO POR LOS ARTISTAS SEÑORITA GIL Y SEÑOR ESCRIBÁ (TEATRO NUEVO RETIRO)

**H**AY quién toma los baños por la pura fuerza, ó por la fuerza de la necesidad, y esto ó algo parecido es lo que le ocurrió á Leopoldito.

Hacia lo menos semana y media que amaba con pasión de loco á una linda joven llamada Sinesia.

La conoció en los baños de Neptuno una mañana del mes de agosto.

Sinesia iba con su mamá; pero, aprovechando la oportunidad de ir ésta á hablar con un bañero, se acercó Leopoldito intrépidamente á la linda Sinesia, y, apoyado en la rústica balastrada del mirador que daba á la playa, le espetó la primera declaración amorosa.

Sinesia le escuchó sonriente, dejando abandonada una de sus manitas entre las de Leopoldo.

Desde aquel día se amaron como dos animaluchos y juraron vivir el uno para el otro, aunque se opusiera el infierno.

Pero no había contado Leopoldín con que un padre de la clase de brutos es peor que todos los infiernos juntos, y este padre era el de Sinesia.

—Ayer nos vió papá desde el balcón, — le dijo un día Sinesia á su amante, estando en el mirador del balneario, sitio donde, por lo regular, tenían sus entrevistas.

—¡Poco me importa, amor mío!—

siguió Leopoldín.

—Pues á mí sí. ¡Caramba! ¡Se ha puesto furioso, y hasta le ha querido morder á mamá!

—¡Canastos!

—¡Y ha dicho que cuando te vea á mi lado te va á tronchar como una caña, y á mí me va á romper el sombrero de paseo!

—Pero ¿se ha enterado de quién soy yo?

—¡Cualquiera le habla de ti!

—¡Pues estamos frescos!...

—Ahora no; mas pronto lo estaremos, ¡rico!

—¡Cómo! Pero ¿qué variación es ésta?

—Mira: no pensemos en cosas tristes. Si mi padre se enfada,



## La Saeta

que se enfade; si nos ve, que nos vea; y si te troncha, que te tronche...

—¡No, Sinesia, no; que si me troncha y me parte por la mitad, ya no podremos ser el uno del otro!

—¡No importa! ¡Seremos uno y medio!

—¿De veras, rica?

—De veras, rico.

—Oye, tontona mía. Y si tu padre fuera tan bestia que hiciera conmigo lo que dice, ¿con qué mitad te quedarías de mi persona? ¿Con la de arriba ó con la de abajo?

—¿Sabes que estoy indecisa?

—Vamos: ¿con cuál?

—Pues mira: con la que más me gustara.

—Entonces te quedarías con las dos...

—¡Justo! Y ya me encargaría de componerte.

—Bueno; pero ¿qué me ibas á decir antes?

—Que hoy no se baña mamá, porque está algo enferma.

—¿Y bien...?

—Que me bañaré yo sola; es decir, sola no: contigo.

—¡No, Sinesia, no!... ¡Yo no me baño!

—¡Cómolo! ¿No te quieres bañar conmigo?

—¡Pero, mujer, si es que el mar me da mucho miedo!...

—¡Anda, cobardón!...

—¡Sinesia!...

—¡Parece mentira!... ¡Y me dejarás sola, expuesta á que un descarado me atropelle en el agual!...

—¡Sinesia!... ¡Sinesia!...

—¡Tonto! ¡No tengas cuidado! Ya verás. Te cogeré de las manos y jugaremos como dos chicos, ¿eh?

—Pero ¡si es que no sé nadar!

—No te apures: yo te enseñaré.

Y, ¡nadal, no hubo tutía.

Al cuarto de hora de este diálogo, ya es-

taban Sinesia y Leopoldín en el agua; este último agarrado á su amor lo mismo que una lapa.

Y conste que no eran amorosos extremos, sino miedo, miedo puro y sin mezcla de otra cosa.

—¡Leopoldín, estás muy feo con esos labios tan morados!—decía Sinesia, riendo á más no poder.

—¿Lo estás viendo? ¡Por eso no me quería bañar!

—Pero, hombre, ¡no tiembles! ¡Pareces una mona!

—¡Mira... rica... yo me salgo!

—Espera. Ahora quiero que hagas el muerto encima del agua.

—Pero, rica, ¡tú quieres que me ahogue, antes de que tu padre me tronche!

—Anda, tiéndete, que yo pondré las manos debajo.

—¡Sea lo que Dios quiera! ¡Sinesia!... ¡Sine... sia...! ¡Uf! ¡Qué agua tan salada!...

—Pero, hombre, cierra la boca.

—¡Ay! ¡Me he tragado medio mar!

—¡Anda, tonto, no te muevas!... Quieto.. ¡Así!

—¡No quites las manos, Sinesia!

Nadie hubiera creído que aquellos jóvenes eran novios.

Más parecían hermanos que otra cosa.

Y es que Leopoldo no tenía tiempo más que para cuidarse del agua y de no perder el equilibrio.

Sinesia reía como una loca, llevando sobre sus brazos el rígido cuerpo de su amante, que á veces se sumergía y volvía á salir á flote, haciendo mil gestos ridículos.

De pronto, aquella niña que tan alegre se mostraba, dejó de reír, se quedó como una estatua, y sus ojos, desmesuradamente abiertos, se dirigieron á un punto de la playa.



En este momento llegaron hasta los amantes las siguientes frases:

—¡Ah, sinvergüenzas! ¡Por fin os pillé!  
—¡Mi padre!—exclamó Sinesia.

Y abriendo los brazos, soltó el cuerpo de Leopoldín, que se hundió cabeza abajo.

Los pies de éste salieron un momento fuera del agua, haciendo abur, así como para despedirse del mundo y de sus pompas.

Otro grito de Sinesia, más fuerte que el primero, vino á demostrar que Leopoldín andaba buscando dónde agarrarse y, al fin, había encontrado.

Y, ¡claro!, la pobre niña no pudo defenderse, perdió el equilibrio y al fondo fué con su adorado.

.....

En la misma caseta están Sinesia y Leopoldín, tendidos boca abajo.

Junto á ellos están los padres de la chica y un médico.

—¿Cree usted que no será nada?—pregunta la madre.

—El susto solamente.

—Y después que hayan arrojado toda el agua, ¿qué habrá que hacer con ellos?

—¡Romperles el alma!—grita el padre.—  
¡Dios sabe lo que habrán hecho cuando estaban en el fondo del mar!

—Para eso también tengo una receta,—interrumpe el médico.

—¿Cuál?—pregunta la madre.

—Casarlos.

JOTA.



## EL TRIUNFO

**D**ESPUÉS de la tempestad, la calma volvió al lujoso gabinete.

Mas era una paz ficticia; entre las sombras, aquellos espíritus seguían barajando los rencores y las ofensas.

Estaban separados. *El*, junto al balcón, con la frente apoyada contra los cristales, mirando la animada circulación de la vía; *ella*, en el fondo, reclinada sobre el sofa, con el rostro vuelto hacia el muro, inmóvil, silenciosa.

Así pasó mucho tiempo. Diríase que uno y otro habían perdido la noción de que su adversario estaba allí, acechando, en estudio de los mejores medios para conseguir la victoria.

¿Cuál era esta victoria?

Para Eduardo era la vuelta al primitivo estado de libertad; para Ernestina no. Ella consideraba esto fútil triunfo; quería vencer al enemigo y humillarlo; si no podía hundir con el pie el corazón de su rival, no estaba satisfecha. Y dentro de la cabecita diminuta, orlada de rizados bucles de oro; detrás de la frente de tonos nacarinos, bullían en loca danza los pensamientos, asomándose á los ojos en forma de claridades lívidas, ó destilándola los labios con sonrisas de perversión cruel. Ese hombre que estaba á dos pasos, recortada su figura sobre los cristales; ese hombre, que en brutal arranque de cólera la había insultado, llegando á golpear su cuerpo; ese hombre de voluntad indómita... ella sabía la manera de volverle la afrenta tan aumentada que su huella no se borrara jamás.

## La Saeta

Y no acudía para esto ni al vulgar recurso de las lágrimas y de los suspiros tristes, ni al grosero medio de la carne, descubriendo los tesoros de su cuerpo, á fin de que la animalidad venciera en su marido á la razón. Poseía otra arma más poderosa que, si bien se clavaría en ella al mismo tiempo que en él, la dejaría vengada.

Del mismo modo el espíritu de Eduardo buscaba la manera de castigar el orgullo insensato de su mujer. Pretender un estado de avenencia, era imposible; seguir en lucha perpetua, inaguantable. La separación se imponía; pero una separación amistosa: viviendo ambos bajo el mismo techo, sin otras relaciones que las necesarias para no dar qué decir al mundo.

Y mirando á la calle, complaciase en soñar un amor culpable, ligero, pero voluptuoso y lleno de encantos; un hogar más escondido, pero también rico y alegre; una mujer complaciente, juvenil, amante. Allí sería él, dueño; allí podría volar su alma por los incendiados espacios del amor; allí encontraría las delicias que su matrimonio le negaba.

\* \* \*

Corazones ambos en la primera etapa de la existencia, sintiendo la fuerza grandiosa que impele á buscar alma compañera para compartir los goces y las desdichas, ofreciendo ante ellos el tiempo dilatado lugar para el cultivo de su cariño, una fatalidad terrible había empujado al uno contra el otro; había levantado sus caracteres de tendencias opuestas, de gustos distintos; había engendrado el odio y la antipatía, donde sólo debieron reinar la simpatía y el amor, y, rotas sus alas, arrastrábanse dolorosamente por el suelo Ernestina y Eduardo.

En su matrimonio, nunca la luna asomó el albo disco de ventura y esperanza; el cielo estuvo constantemente cubierto por negras nubes; nunca sopló el airecillo cargado de aromas primaverales; siempre fué el viento huracanado que todo lo desola y seca. Ernestina era única hija y única diosa de sus padres. Educada en el mando, en la satisfacción de sus caprichos, crióse orgullosa y altanera, sin conocer que hubiese algo capaz de oponerse á su voluntad. Y llegó al matrimonio, y el desencanto fué inmenso. Enfrente de ella alzóse Eduardo, rodeado de todas las energías de la virilidad y de la razón, severo, pretendiendo conducir la nave conyugal por su mano y según sus ideas. Al primer instante estalló la tormenta: un sordo tronar de recriminaciones, injurias y amenazas. Ernestina valientemente

resistió; más, pretendió arrollar, exaltando á su marido, que, en un instante de furia, descargó la diestra crispada sobre su rostro.

¡Oh! ¡Qué injuria! El cuerpo de Ernestina revolvíase sobre el diván, presa de las contracciones de sus nervios; sus ojos secos, chispeaban amenazas, y sus labios coralinos sonreían; pero con la sonrisa de un ángel de malidad. Si pudiera disponer de la muerte, Eduardo no se separaría del balcón...

Pero muy al contrario: Eduardo avanzó hacia la puerta de salida del lujoso gabinete; su sombra negra cruzó entre las sombras sin armar ruido. Ernestina lo sintió pasar y no cambió su postura de preocupación ó desaliento.

Quedaba sola. ¿Qué importaba? Así podría mejor convenir un plan.

La paz seguía reinando. Por el balcón filtrábase tenue claridad, y envuelto en ella, llegaba el rumor bullicioso de los transeuntes, el estruendo de los vehículos, el vocear de los vendedores: un océano de vida, lamiendo suavemente la fachada del cuarto, negro, triste, silencioso como una tumba.

\* \* \*

Ernestina se entregó en su misma casa al mejor amigo de Eduardo. Triunfó.

ALFREDO BLANCO.



Nada mejor que una trucha,  
y lleva las calabazas  
para dárselas al tonto  
que pretenda enamorarla.

MUCHO OJO



El baño no admite engaño  
para la *flaca* mujer;  
pues el postizo en el baño  
de seguro se ha de ver.

Esto dicen y me río,  
pues se da cada camelo...  
y, nada, que no me fío  
aunque mire con gemelos.



Lo mismo en el mar que en tierra ocurre con el amor.

El hombre lleva los remos y la mujer el timón.

## OTRO EXTRAORDINARIO

Lo será el número próximo, por la profusión de preciosos grabados y elegantes cubiertas en colores.

Nuestro próximo número estará, como el presente, dedicado á los baños, y no excederá su precio de veinte céntimos.

### Correspondencia

E. V. C.—Están muy descuidados sus versos.  
 E. N.—*Málaga*.—No sirven.  
 R. J. F.—Tampoco.  
 J. R. M.—Tampoco.  
 CONVERSACIONES AMENAS hácese insostenibles por mal olor en la boca. El *Licor del Polo* salva esta grave dificultad, perfumándola deliciosamente. 6 reales frasco.  
 E. A. P.—*Madrid*.—Se publicarán sus pasatiempos.  
 F. G. N.—*Cádiz*.—El artículo es muy crudo. Procura remos cocerlo en el cesto.  
 J. Asteib.—Es muy inocente todo eso.  
 C. A.—*Soria*.—Su «Epigrama» es demasiado epigrama. ¡No tanto!  
 SE PONE DOMICILIO en cualquier estación férrea Agua Colonia Orive, enviando Bilbao 8'50 ptas. 2 litros, ó 16 ptas. por 4 litros. Por frascos desde 3 rs. Farmacias.  
 R. S. de C.—*Madrid*.—Lo siento mucho; pero valen muy poco sus versos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

# LA SUETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
 Año. . . . . 11 »  
 Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »  
 Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

## 48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

**Charada**

Si dos tercias con mi todo  
no la digo dos primera;  
pero la doy cada palo  
que la dejo medio muerta.

X.



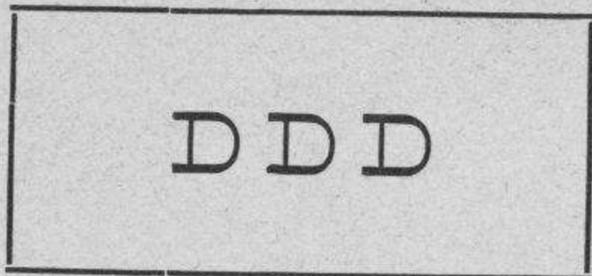
**Logogrifo numérico**

- 7 Consonante.
- 3 2 Nota musical.
- 3 4 5 Bebida alcohólica.
- 3 4 7 8 Mineral.
- 1 8 3 4 5 Distintivo de sexo.
- 8 3 5 6 7 8 Planta medicinal.
- 7 8 3 5 2 3 4 Animal.
- 7 4 7 6 5 2 3 4 Empleado en las fondas.
- 5 6 7 8 5 4 3 Nombre de varón.
- 3 4 5 7 8 3 Tiempo de verbo.
- 7 2 5 8 3 Idem ídem.
- 1 8 3 8 Medida de longitud.
- 3 6 5 Río.
- 5 4 Negación.
- 2 Vocal.

JOSÉ ARNALDO.

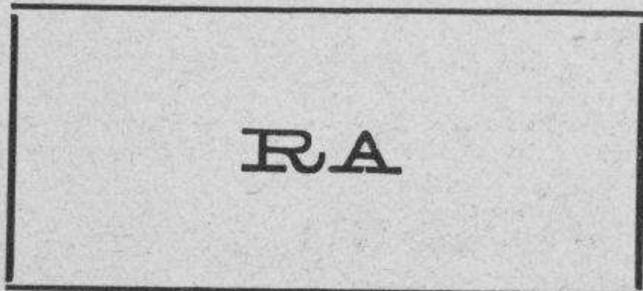
**Jeroglíficos comprimidos**

I



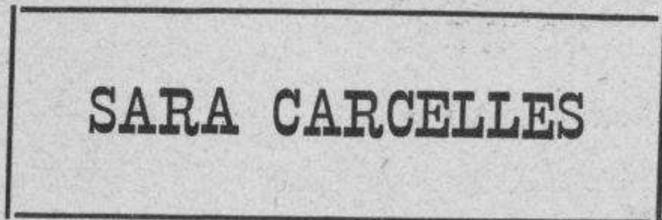
PEDRO JUAN GUILLEM.

II



M. GUTIÉRREZ.

**Tarjeta**



Combinense las letras de este nombre y apellido, de  
orma que dé por resultado el título de una zarzuela en  
un acto.

M. CERVERA Y MENGUIJÓN.

**Soluciones a lo insertado en el núm. 558**

CHARADA.—Paca.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Subsuelo.

ANAGRAMA.—El Soñador.—Salvador Giner.

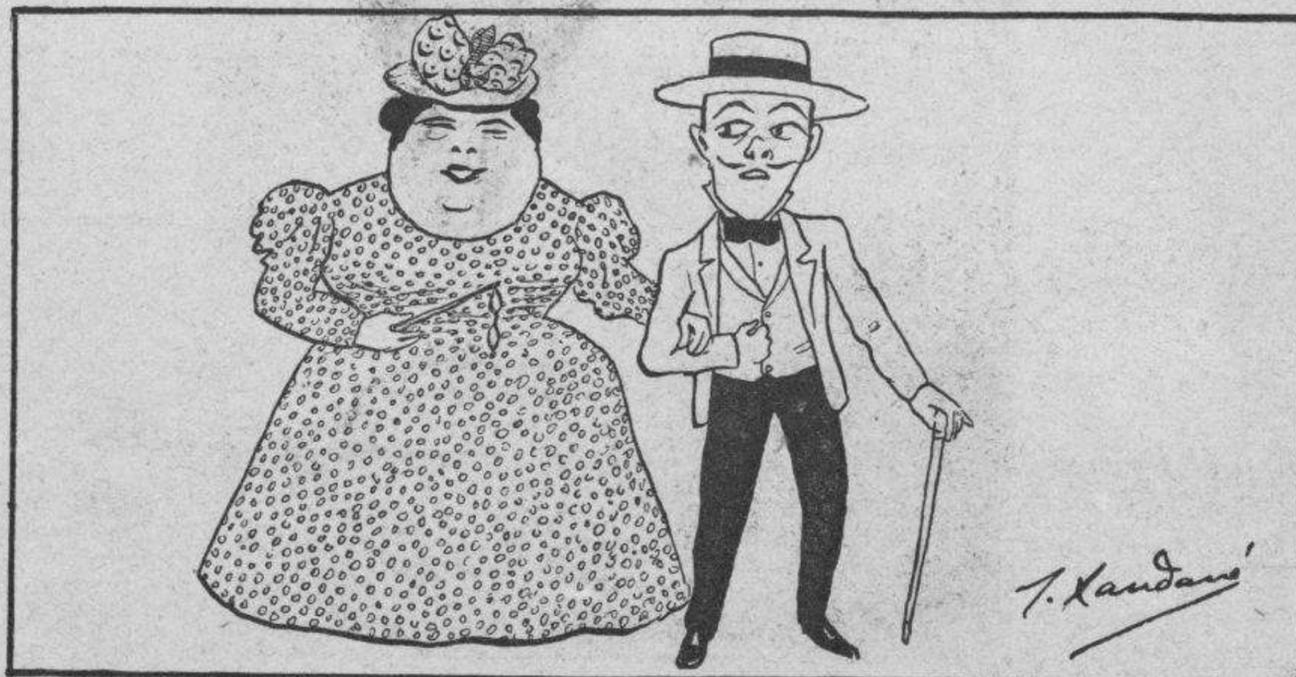
CRUZ LATINA:

D B  
I A  
O S  
D I O N I S I O  
B A S I L I S A  
S I  
I S  
O A

ESTRELLA NUMÉRICA:

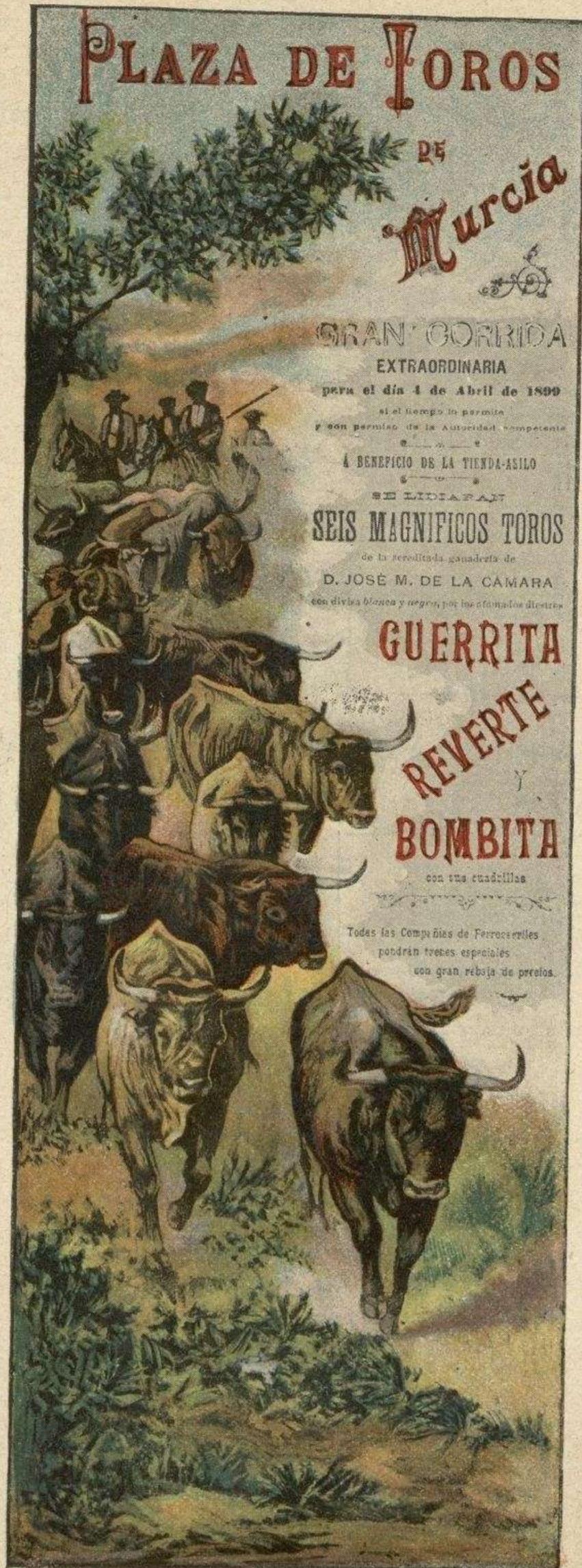
E M A  
U A I  
L C P  
I G N A C I A  
R R L  
E I I  
S A A

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Marcelino.



Si en la balanza colocas  
á este matrimonio fiel,

siempre abajo estará ella,  
y esto es lo que debe ser.



**PLAZA DE TOROS**  
DE  
**Murcia**

**GRAN CORRIDA**  
EXTRAORDINARIA  
para el día 4 de Abril de 1899  
si el tiempo lo permite  
y con permiso de la Autoridad competente

A BENEFICIO DE LA TIENDA-ASILO  
SE LIDIAN  
**SEIS MAGNIFICOS TOROS**  
de la acreditada ganadería de  
D. JOSÉ M. DE LA CÁMARA  
con divisa blanca y negra, por los afamados diestros

**GUERRITA**  
**REVERTE**  
Y  
**BOMBITA**  
con sus cuadrillas

Todas las Compañías de Ferrocarriles  
pondrán trenes especiales  
con gran rebaja de precios.



LA  
SAETA

20 cénts.

Núm. 560

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El suceso ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

## COCINA CÓMICA

### Pluto pesado

Cueces de un cómico  
la mala pata;  
de algunos sastres  
buscas palabras,  
y todo junto,  
con mucha calma,  
lo vas poniendo  
en una lata.  
Si á esto le agregas  
poesias malas,  
sendos discursos,  
bromas pesadas  
y prestamistas  
que tengan fama,  
ya que más pese  
no hallarás nada.

J. A.

Una señora joven entró con su marido en un establecimiento de ropa blanca.

Con gran cuidado elegía la señora, entre las camisas de dormir que la presentaron, las más elegantes y adornadas. Su marido no comprendía el afán de tanta elegancia para dormir.

—¡Muy sencillo!—le advirtió su mujer.—Si por desgracia ocurre un incendio, podré pedir socorro en traje algo presentable!

—¡No hay como las mujeres para estar en todo!

En la Opera:

Se representaba *Hugonotes*.

Un pollo tarareaba una de las melodías más gratas de la ópera al mismo tiempo que el artista encargado de su ejecución.

Otro espectador, no pudiendo contenerse al ver aquella falta de urbanidad, exclamó:

—¡Qué estúpido!

—¿Lo dice usted por mí?—preguntó el pollo.

—¡Ca! ¡No, señor! ¡Lo digo por Marconi, que no me deja oír á usted bien!

En tertulia.

—Yo, señora, no hablo nunca de lo que no sé.

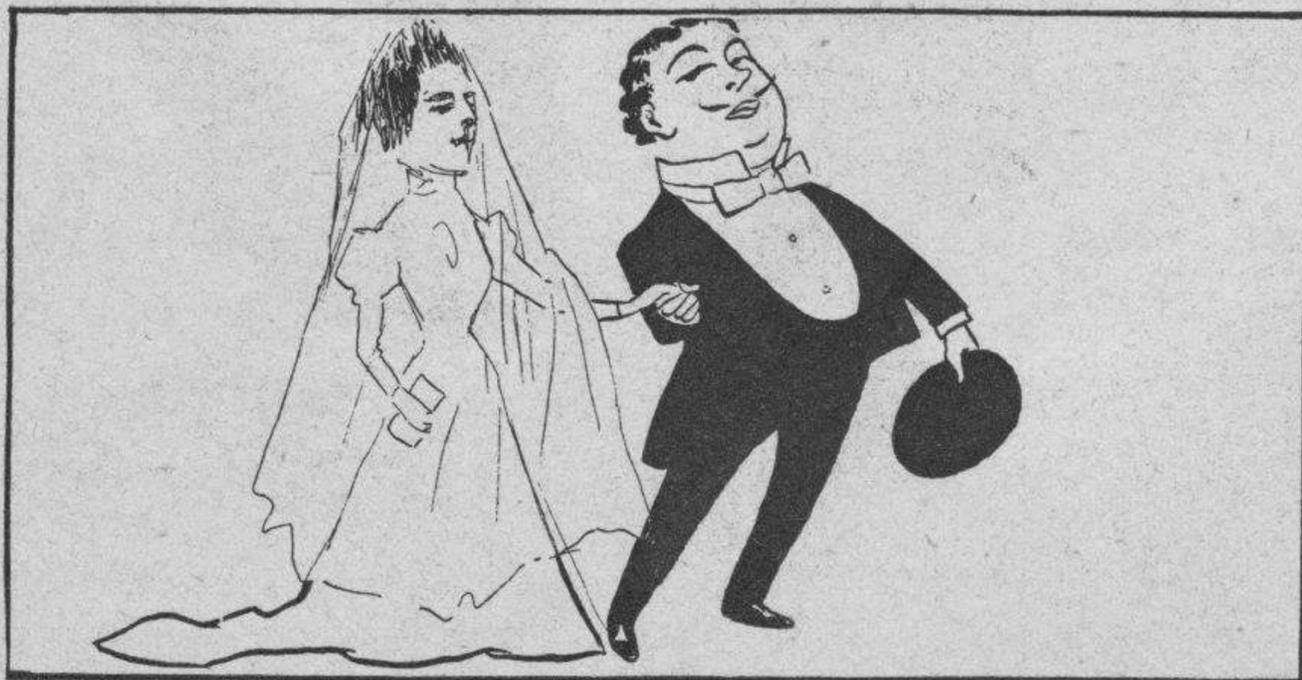
—Pues se aburrirá usted soberanamente.

—¿Por qué?

—¡Porque nunca tendrá usted nada que decir!

—¿Por qué se considera el matrimonio asunto grave?

—Porque es muy difícil pronosticar si es un paso hacia atrás ó un paso hacia adelante.



—Aquí presento á ustedes  
á mi señora...

Y nos vamos á casa  
porque ya es hora.

(Sigue en la penúltima página)